



ESPAÑA-EE UU

Izda.: Tejero irrumpió en el Congreso el 23-F. Dcha.: Llegada de Reagan a la Casa Blanca, el 20 de enero de 1981.

TEJERO CONNECTION

¿Apoyó el presidente Ronald Reagan el golpe de Estado en España? ¿Conocía Washington con antelación los planes de los golpistas y no informó al Gobierno de Adolfo Suárez ni al Rey? Por primera vez, 30 años después, el entonces embajador norteamericano y el jefe de la CIA desvelan a DAVID LÓPEZ el papel de Estados Unidos en el 23-F.



CENTRAL PRESS/HULTON ARCHIVE (IZQUIERDA) / AP (DERECHA)



El 23 de febrero de 1981 Ronald Reagan, según su agenda, recibió su primera llamada del día a las ocho de la mañana. Era el despertador telefónico. Se levantó, se vistió y desayunó con su esposa, Nancy. A las 8:56 llegó al Despacho Oval. Al mismo tiempo, en Madrid, el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero ultimaba en el Parque Móvil del cuerpo los detalles de su plan de asalto al Congreso. El traje, immaculado. El tricornio, calado. Y los guardias que lo acompañarían en autocar hasta la Carrera de San Jerónimo, en posición de firmes. A las 18:20 hora española, Tejero irrumpía pistola en mano en la sesión de votación para elegir a Leopoldo Calvo Sotelo como presidente del Gobierno tras la dimisión de Adolfo Suárez. En ese momento Reagan almorzaba junto a algunos de sus colaboradores. Siete horas después, el rey Juan Carlos se dirigía a los españoles a través de un mensaje televisado. El golpe de Estado se desmoronaba. Reagan estaba entonces más pendiente, junto con la Primera Dama, de discutir con el decorador Ted Graber, con quien cenarían aquella noche, la reforma que tenían pensada para sus estancias privadas en la mansión presidencial. Papeles pintados a mano con pájaros dibujados, muebles de

época restaurados... Y un presupuesto de un millón de dólares. Para Ronald y, sobre todo, para Nancy, éste era un asunto de verdadero interés nacional. La liberación final del Congreso sucedía mientras el presidente dormía. A las 7:45 de la mañana del día 24 recibiría su primera llamada. Cuando lo hizo, volvía a ser la del despertador. Y hasta tres horas después, a las 10:33, Reagan no le dedicó unos minutos de su tiempo presidencial, exactamente tres, a la situación en España. Entonces telefoneó al Rey, se congratuló de que todo hubiera salido bien y volvió a centrar la atención en su país. El amigo americano había llamado. Todo estaba en orden.

Volvamos atrás. Tres décadas. A la época en la que Reagan descubriría sus ambiciones políticas, se divorciaba de su primera mujer y conocía a Nancy. A finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, cuando nacía la Guerra Fría y Estados Unidos se replanteaba su política internacional para luchar contra el comunismo. ¿Se han fijado en la posición que ocupa España cuando se contempla un mapa del mundo extendido? Al Oeste, América; al Este, Asia; al Sur, África; y al Norte, Europa. Y en medio de todo, un pequeño

punto: la Península Ibérica. Lo mismo pensaron los norteamericanos. De aquella época son dos informes recientemente desclasificados por la CIA, a los que hemos tenido acceso, que señalan la importancia estratégica de España: "Es una base potencial para dominar las rutas aéreas y marítimas desde el Reino Unido y los estados atlánticos europeos a Sudamérica, África y el Mediterráneo. [...] En caso de guerra general, si la Unión Soviética y sus fuerzas satélites pudiesen invadir la Europa occidental, sería imprescindible que España no cayera en manos del enemigo para poder defender la posición en el Mediterráneo".

De ahí que en julio de 1951, según señala otro de esos documentos, el gobierno norteamericano diese luz verde a un acuerdo con España. "Será mal visto por algunos aliados importantes de Estados Unidos", advierte el informe, "pero Franco está preparado y dispuesto a darnos acceso y uso de una serie de bases a cambio de una moderada ayuda económica y militar". En



El Rey se reunió con el embajador de EE UU y le confesó su "pesimismo" por la "ineficacia de Suárez"

1953 se firmó el primer tratado de alianza entre ambos países: ayuda económica, aunque en peores condiciones y cantidades que la otorgada años atrás mediante el Plan Marshall al resto de Europa, a cambio de que se establecieran bases norteamericanas en suelo español. Estados Unidos conseguía con Franco un aliado fiel frente al comunismo. Por muchos años. El amigo americano había llegado. Para quedarse.

Ahora regresemos a 1981. Un mes después del 23-F. El golpe de Estado ha fracasado. Tejero, Milans del Bosch, teniente general de la región de Valencia, y el general Alfonso Armada, segundo Jefe del Estado Mayor del Ejército y ex secretario de la Casa del Rey, han sido detenidos como los cerebros e impulsores de la operación. Calvo Sotelo ha sido investido presidente y los ministerios >

DIRCK HALSTEAD (HAIG) / AURORA FIERRO (GONZÁLEZ) / EFE (OTRAS IMÁGENES)



PROTAGONISTAS

De izda. a dcha.: Alexander Haig, Secretario de Estado de EE UU, en 1974; Felipe González y Alfonso Guerra la tarde del golpe; Adolfo Suárez visita junto a Gutiérrez Mellado la base aérea de Torrejón en 1977; Alfonso Armada, tras ser indultado en 1988; Todman, en Madrid en 1980; y portada de *The New York Times* del 24 de febrero.



han cambiado de titulares. Uno de ellos, el de Defensa, lo dirige ahora Alberto Oliart (hoy presidente de RTVE), anterior ministro de Sanidad. Es 17 de marzo y Oliart se dirige a los diputados del Congreso, a puerta cerrada y en una sesión bajo secreto, para leerles su informe sobre el 23-F. Durante el turno de debate, dos diputados le preguntan: “¿Es cierto que existieron contactos previos entre los golpistas y el gobierno de los Estados Unidos?” y “¿es cierto que la base de Torrejón estaba en alerta desde el domingo 22?”. Oliart se sacude ambas cuestiones de encima con un “no hay datos fiables”, para lo primera, y un “no hay datos y no parece verosímil”, para la segunda. Con ambas preguntas llega al Congreso la teoría sobre la supuesta participación norteamericana en el golpe de Estado. Una hipótesis que cobra mayor fuerza cuando, un año después, durante el juicio militar, tanto Tejero como Milans del Bosch declaran que los americanos estaban informados de lo que iba a suceder. ¿Por qué decían aquello los golpistas? ¿Y, en caso de que fuese cierto, quién se lo había comunicado a los norteamericanos? Según

es lograr un nuevo acuerdo para las bases. Y al mismo tiempo, presionar al gobierno español para que entre en la OTAN. Pero el embajador no ha sido el único cambio en la legación. Ronald E. Estes es el nuevo jefe de la estación de la CIA. Un agente todoterreno con experiencia en Chipre, Checoslovaquia, Líbano y, sobre todo, en Grecia, su último destino. Allí fue testigo destacado de un alzamiento que acabó destronando al rey Constantino e instauró una Junta Militar (1967-1974). Estes llega a España con dos misiones prioritarias: colaborar con el gobierno español para penetrar en ETA y neutralizarla; y vigilar e informar de los planes de golpe que se pudieran estar desarrollando. Además, también figura en su hoja de ruta controlar la presencia de organizaciones terroristas palestinas y analizar las actividades de las embajadas soviética y cubana.

Ambos, Todman y Estes, son los protagonistas de la supuesta participación norteamericana el 23-F. Según la teoría que desde hace 30 años han recogido un buen número de libros sobre el golpe, Cortina informó a Todman y Estes de la operación

lógica de la Guerra Fría”, analiza el historiador Charles Powell, especialista en la Transición y en relaciones con Estados Unidos, que publicará en marzo *El amigo americano. España y Estados Unidos, de la Dictadura a la Democracia* (Galaxia Gutenberg). Y añade: “Pero no es un ultraderechista. Y lo demuestra cuando, con el auge del PSOE, trata de fomentar el encuentro entre los socialistas y la Administración Reagan. Además de que si hubiera estado implicado no le hubieran mantenido como embajador”.

Durante su estancia en España, Todman despacha habitualmente con el Rey. “Teníamos unas relaciones excepcionales. Yo respetaba el hecho de que no fuese el jefe de Gobierno, pero era consciente de que era la persona clave. Y él sabía que le apoyaríamos pasase lo que pasase”, me cuenta el propio Todman, por teléfono, durante una larga conversación en la que no evita ninguna pregunta. Habla con una voz profunda, pausada y gruesa, y mide con cautela sus palabras.

“Conocí a Todman cuando vino con Pío Cabanillas a mi pazo a ver mis camelias” (Alfonso Armada)

afirmaron ambos, el comandante José Luis Cortina, jefe de operaciones especiales del CESID, supuestamente uno de los líderes de la asonada (estuvo imputado y resultó absuelto), cuyo papel sigue siendo hoy uno de los grandes interrogantes del golpe, fue quien se lo comunicó a EE UU. Cortina habría informado a los norteamericanos buscando su apoyo. El amigo americano sabía desde días antes lo que iba a suceder y no informó. El amigo americano quizá no lo era tanto.

El día 23 de febrero de 1981, mientras Tejero coge aire en el cuartel, se abotona el *traje de bonito* y se atusa el bigote para entrar en la historia de España, en la embajada estadounidense, en la madrileña calle Serrano, se discuten los detalles de la renovación del acuerdo por el uso de las bases. Tres años antes ha llegado un nuevo embajador, Terence Todman, negro, de calva prominente y pelo cano, nacido en las Islas Vírgenes 52 años antes. Proviene del Departamento de Estado, en Washington, y ha pasado antes por Chad, Guinea y Costa Rica. La misión fundamental de Todman

que se llevaría a cabo; el general Armada se reunió en persona un par de semanas antes de la misma con el embajador, a quien la prensa retrata en España como un ultraderechista que había apoyado previamente golpes en Latinoamérica; y estos habrían reaccionado poniendo en alerta las bases (Torrejón, Morón, Rota y Zaragoza) varios días antes de que Tejero y sus guardias civiles asaltasen el Congreso. Según esta hipótesis, Estados Unidos sabía lo que iba a suceder y, puesto que no informó a las autoridades españolas, lo apoyaba. Pero, ¿qué sucedería si ahora, 30 años después, los testimonios de los políticos españoles de la época y las comunicaciones desclasificadas de EE UU desmintiesen esta teoría? ¿Y si Todman y Estes, las piezas claves de la conexión americana, negasen este relato de los hechos y dibujasen otro escenario completamente diferente? Ambos siguen vivos. Uno retirado en las Islas Vírgenes y el otro en Florida. Y ambos han hablado con esta revista.

“Todman, a pesar de que en la prensa se le caricaturiza como un extremista, es un profesional, un diplomático de carrera. Es un *cold warrior*: está imbuido de la

En noviembre de 1980 don Juan Carlos recibe un informe del CESID en el que se detallan las diferentes alternativas de golpe que se estarían planificando. Al mismo tiempo, el Monarca se reúne con el embajador norteamericano. Según un cable de la Casa Blanca del 5 de noviembre al que ha tenido acceso esta revista, Todman informa a Washington de que el Rey le ha contado “que hay rumores entre los oficiales de un posible golpe, aunque no los considera una amenaza real”. Según explica Todman, han comentado “este hecho como un indicador de la caída de la valoración de Adolfo Suárez”. Don Juan Carlos le confiesa al diplomático “su pesimismo sobre la situación interna de España, particularmente como resultado de la aparente ineficacia del primer ministro Suárez para afrontar los problemas domésticos”, aunque reconoce que “no ve una alternativa a éste en el horizonte político”.

Es decir, tres meses antes del golpe el Rey había prevenido a Todman sobre los ruidos de sables de los cuarteles. Pero aquel anuncio no sorprendía al embajador. Según cuenta hoy, “ya éramos conscientes de las diferencias (CONTINÚA EN LA PÁG. 174)

Tejero Connection

(VIENE DE LA PÁG. 70) que existían entre los militares, pero me tranquilizaba saber que el Rey estaba un cien por cien comprometido con la democracia. Sabíamos que con él teníamos un buen compañero con el que trabajar”.

Aquello que don Juan Carlos no veía como una “amenaza real” en noviembre, se convirtió el lunes 23 de febrero, pasadas las seis de la tarde, en un certeza real. ¿Y Todman? ¿Dónde estaba el embajador cuando una ráfaga de tiros acribillaba las paredes del Congreso? Según sostienen algunos libros, aquella tarde huyó de la embajada en su coche oficial y pasó la noche en paradero desconocido. Según su propia versión, vivió el golpe junto a sus consejeros en el despacho de su residencia, separada sólo por un pasillo de las dependencias oficiales de la embajada.

—¿Qué hizo aquella noche?

—Durante aquellas horas tuve muchas conversaciones. Hablé con el Rey y le volví a asegurar que estábamos dispuestos a darle la ayuda que necesitase para mantener la democracia. Yo sabía que el monarca estaba llamando a todos los generales y que le estaban dando una respuesta positiva. Y también hablé varias veces con Sabino Fernández Campo [secretario de la Casa Real] para saber qué estaba sucediendo. Yo era optimista. Esperaba que todo terminase bien. Pero, por supuesto, estuve despierto toda la noche.

—¿Estuvieron las bases en alerta días antes del golpe?

—No. No teníamos razones para pensar que aquello iba a pasar. Estaban prevenidas desde esa tarde, cuando sucedió. Pero no tenían una estructura con capacidad de movimiento y para poder hacer algo más que proteger la propia base. Yo confiaba más, si hubiera sido necesario, en nuestras fuerzas desplegadas en Europa, no en las de las bases. Y se las ofrecí al Rey por si necesitaba contar con ellas.

—¿Hizo alguna recomendación a don Juan Carlos?

—No. Él decía a los otros generales: “Quedaos donde estáis. No quiero ver ningún cambio”. Y si la gente le respondía, como pasaba, no había ninguna recomendación que pudiera hacerse. Él ya sabía que si necesitaba algún tipo de asistencia que pudiera venir de nuestras fuerzas en Europa sólo tenía que decírnoslo.

Aunque reconoce que mantenía contactos con el CESID y con los militares —“porque estábamos negociando el acuerdo de las bases y además teníamos interés

en la entrada en la OTAN”—, Todman niega haberse reunido con el comandante Cortina, del CESID, y con el general Armada —de quien dice no recordar ninguna cita con él— días antes del asalto. Sin embargo, el propio Armada, que desmiente también el encuentro en las vísperas del golpe, me cuenta que sí conoció a Todman, porque éste lo visitó a finales de los setenta, junto a Pío Cabanillas, entonces ministro de Cultura, “en mi pazo gallego de Santa Cruz de Rivadulla. Creo que vinieron a ver mis camelias...”. Armada, de 90 años, que atiende con amabilidad las preguntas del periodista, sigue manteniendo 30 años después su alegato de defensa intacto y confiesa tajante que él, ante todo, es “católico, monárquico y español”.

Todman niega que las bases estuviesen en alerta. Y ésta es, según la teoría de la conspiración, la prueba irrefutable de la conexión americana. Pero el estadounidense no es el único. También lo niegan a esta revista los militares españoles que trabajaban en Torrejón, cuyas posiciones fueron puestas en alerta la misma tarde del golpe y no percibieron nada raro de sus *compañeros* americanos los días previos. Y lo desmienten también, según ha podido saber *Vanity Fair*, políticos en el Gobierno de entonces como José Pedro Pérez Llorca, ministro de Asuntos Exteriores, José Lladó, embajador en Washington o el propio Oliart. ¿Y Estes? ¿Tenía el jefe de la CIA información que no había compartido con el embajador?

“En el cuartel general de la CIA la posición respecto a España era potenciar su entrada en la OTAN. Había una gran inquietud porque ETA estaba matando a dos o tres oficiales al mes, y preocupaba que pudiera haber un golpe de Estado. Sabíamos que si esto sucedía España no entraría en la OTAN. Cuando llegué a España me reuní en una ocasión con el Rey. A partir de entonces traté con Sabino. Varios días a la semana enviábamos en coche informes escritos a la Casa del Rey con nuestras averiguaciones sobre los planes y desarrollos de un posible golpe”, cuenta Estes, con un tono afable, educado y muy preocupado por explicarse bien. Todo lo contrario de lo que uno espera de quien ha sido agente de la CIA durante más de un cuarto de siglo en plena Guerra Fría.

“Queríamos infiltrar gente en ETA. Lo intentamos con vascos de EE UU en las universidades y en territorio vasco, procurando que fuesen reclutados por la banda, pero nunca funcionó. Probamos a encontrar gente que tuviera contactos y que quisiera hablar. Y ahí sí tuvimos éxitos.

También había personas en ETA reclutadas por el Gobierno español. Y utilizamos aparatos de escucha en Francia y en España. Además, tuvimos planes para enviar agentes españoles para entrenarse en Washington en técnicas de interrogatorios, pero al final no cuajaron”, continúa el ex agente, que sólo evita responder a la pregunta de cuántos operativos tenía la agencia en España en aquella época.

—¿Sabían lo que iba a suceder el 23-F?

—Nunca supimos con precisión cuándo iba a tener lugar. La noche que Tejero invadió el Congreso fue una sorpresa, pero no tanta porque sabíamos que algo así se estaba planeando.

—¿Entonces debe interpretarse como un fallo de la CIA?

—No. Nada falló. Nuestro objetivo era monitorizar los planes de golpe militar e informar al jefe del Estado. Eso es lo que hicimos. No teníamos intención de actuar contra los conspiradores. Ése era el papel del Gobierno español. La CIA no iba a organizar operaciones de espionaje reclutando a miembros del ejército español. España era un país aliado y los militares no figuraban entre los objetivos de interés para la CIA, aparte de la planificación de un posible golpe.

—¿Estaban sus bases en alerta días antes?

—No, eso es falso. Esa orden la hubiera dado el responsable de defensa de la embajada, que era un amigo mío personal, y nunca comenté con él los temas de un posible golpe. Él no sabía lo que yo sabía de los planes de los militares.

—¿Le informó Cortina, desde el CESID, de lo que iba a suceder?

—No conozco a Cortina. Yo me reunía regularmente, casi cada semana, con el director del CESID [Javier Calderón], pero nunca hablé sobre el golpe días antes. El CESID tenía menos información que nosotros. Y nunca traté este tema con ellos, porque eran militares. No sé si alguno estuvo implicado, pero yo no quería discutir este tema con ellos porque no sabía dónde estaba su lealtad.

La CIA, lejos del estereotipo que puedan haber fijado las películas, no trabajaba entonces en sótanos clandestinos ni en barracones ultratecnológicos. Sus hombres ocupaban las dos últimas plantas de la embajada. Y allí pasó Estes la tarde del golpe. Reunido con sus colaboradores y en contacto telefónico con un alto mando del ejército español, amigo suyo, cuyo nombre no revela. Sin contacto con el embajador Todman en toda la noche. Y enviando informes puntuales a Washington cada hora. Protocolo normal, según explica, en una

situación así. Hasta que a la una de la mañana, tras el mensaje televisado del Rey, recibió una llamada de su contacto en el Ejército. “El golpe ha terminado”, le dijeron. Y Estes, aunque el Congreso seguía aún bajo mando golpista, dio por concluida la noche. Se fue a casa y se acostó.

“Es un Asunto Interno”

Durante las horas de secuestro del Congreso sucedió otro incidente que azuzaría la hipótesis de la participación norteamericana. Mientras Reagan elegía cortinas junto a su esposa, el primero que se pronunció sobre lo que pasaba en España fue el Secretario de Estado, Alexander Haig, fallecido hace ahora un año. Salía de una reunión con el ministro francés de exteriores, Jean François Poncet, cuando unos periodistas le pidieron una valoración. Y entonces Haig, militar de carrera convertido en político por Kissinger, soltó: “Es un asunto interno de los españoles”.

El comentario fue interpretado como un apoyo de Estados Unidos al golpe. Hoy, Todman, cauto en sus palabras, ríe cuando lo recuerda, y confiesa que aquello fue “definitivamente, extraño”. Pero lo defiende porque lo dijo “sin pensarlo” en vez de zanjar el tema con un “no comment” y sin percatarse de que “podía ser malinterpretado”. El propio Haig se vio obligado a visitar España dos meses después para retractarse de sus palabras y no minar el trabajo que la embajada llevaba años haciendo con los políticos españoles, como el embajador le recriminó. Sin embargo, esta declaración como prueba del apoyo al golpe no sostiene la hipótesis. Menos aún si se sabe que la dijo un hombre famoso por sus deslices: sólo un mes después del 23-F, cuando atentaron contra Reagan y le perforaron un pulmón de un balazo, Haig dio un paso al frente: “Ahora tengo yo el control”. Se había saltado alegremente tres puestos en la escala de poder.

Pero, ¿por qué hubiera apoyado Estados Unidos el golpe? ¿Qué ganaba con ello? ¿Propiciar la entrada de España en la OTAN? Ésta ya era un hecho. Lo había decidido Adolfo Suárez sólo un mes antes, aunque dimitió después como presidente. Pero la decisión en su equipo ya era firme y el embajador Todman lo sabía. Y, como apunta el historiador Powell, “un gobierno

golpista no puede entrar en la OTAN. Con una dictadura se acabó esa entrada; los países nórdicos jamás lo hubieran tolerado. Además de que una dictadura militar tampoco hubiera sido más acomodaticia con el tema de las bases”.

De acuerdo con los nuevos testimonios, Estados Unidos no apoyó el golpe. Al contrario, según desvela Estes, la CIA alertó al Rey de los preparativos que conocía. Un dato que el Monarca confirmó a la periodista de *The New York Times* Flora Lewis. El 24 de agosto de 1981, y desde Palma de Mallorca, donde veraneaba la Familia Real, la corresponsal escribió: “El Rey recuerda que recibió una vaga alarma desde la inteligencia norteamericana dos meses antes. Sigue irritado porque el Gobierno lo dejó pasar como un sinsentido americano cuando él pidió que se comprobase”.

¿Pero cómo hubiera reaccio-

EL MENSAJE DEL REY

“La Corona, símbolo de la permanencia y la unidad de la patria...”. El Rey se dirige por televisión a los españoles la noche del golpe.



“Nuestro objetivo era monitorizar los planes de golpe militar e informar al jefe del Estado. Y eso es lo que hicimos”, explica la CIA

nado Estados Unidos si le hubieran dicho que el Rey estaba detrás del golpe? ¿Y si lo hubiera apoyado como una solución intermedia, como señalan aún hoy algunas versiones y teorías sobre el golpe? “Es posible que entonces lo hubiera apoyado. Él es el hilo conductor de las relaciones entre España y Estados Unidos. Con Suárez no hay ninguna relación. Pero ante la duda se habrían informado con el Rey para saber si realmente estaba detrás”, analiza Powell.

Los americanos, sin embargo, desmienten también esta hipótesis. “Nunca tuve información de que el Rey pudiera estar detrás. Yo no hablé con él, pero siempre tuve la impresión a través de gente que se reunía

con él de que el Rey estaría en contra de un golpe. Tenía varios amigos muy cercanos a él. Y nunca recibí ninguna información que dijese que hubiera apoyado de alguna manera un golpe”, explica Estes. Y Todman, que rechaza esta opción tajantemente, afirma que el Monarca “estaba completamente comprometido con la democracia. Y eso se podía ver, por ejemplo, en las acciones del general Gutiérrez Mellado [cuando forcejeó con Tejero en el Congreso], que era vicepresidente en aquel momento. Era un militar fuerte y nunca vaciló. Era muy constante. Y esto es muy representativo de cómo era también el Rey, muy seguro”.

Tras dejar España, en 1983, Todman se marchó a Dinamarca. Le ofrecieron la embajada de Sudáfrica, pero rechazó el destino porque estaba en contra de la permisividad de Reagan respecto al apartheid. Desde allí volaría años después a Argentina, su último destino. Hoy vive retirado en las Islas Vírgenes, donde sus 84 años no le impiden salir a nadar cada mañana. Y recuerda perfectamente los nombres de todos los implicados en el golpe y de sus contactos en España. Del mismo modo que afirma, de forma segura, que no le queda ninguna duda respecto a lo que sucedió aquel 23 de febrero.

Estes, por su parte, que volvió a Washington en julio de 1981 tras su dos años de misión en España y se retiró de la CIA pocos meses después, confiesa en cambio que no cree